Las principales obras de Rosas, algunas de las cuales han sido reimpresas varias veces, son las siguientes:

Hojas de rosa, poesías.—Fábulas.—Nuevo libro segundo.—La ciencia de la vida.—Ortología.—Libro de oro de las niñas.—Manual de urbanidad.—Un viajero de diez años.—Excursiones por el cielo y por la tierra.—Recreaciones infantiles.—Nuevo amigo de los niños.—Compendio de la Historia de México.—Libro de la Infancia.—Un libro para mis hijos.

De sus piezas dramáticas citaremos: Flores y Espinas, comedia en tres actos y en verso.—Una mentira inocente, comedia en dos actos.—Nadie se muere de amor, en tres.—Los parientes, en tres.—Sor Juana Inés de la Cruz, en tres; y sus comedias infantiles, "La Mujer de César" y "Al rededor de la cuna," que es enteramente original.

Rosas conservaba al morir varios trabajos inéditos. Recordamos entre ellos el drama intitulado "El bardo de Acolhuacán" y el poema "Recuerdos de la infancia."

Rosas fundó en León los periódicos *El Tío Canillitas*, *La Madre Celestina*, *La Educación* y *El Album literario*. En México: *La Edad infantil* y *Los Chiquitines*.

Debilitado por las enfermedades, abatido por la pobreza, Rosas en sus últimos cinco años arrastró una vida dolorosa, al extremo de que al llegar á nuestra noticia la muerte del poeta, ocurrida el 13 de Julio de 1883, en el lugar de su nacimiento, mitigó el profundo pesar que ella nos causaba, la consideración de que si para la patria y para sus amigos era una irreparable desgracia, para él había sido un bien supremo, porque alcanzaba el término de sus infortunios, y apuraba de una vez el amargo cáliz que la suerte puso en sus manos. Los que deberas le amamos; los que en sus horas de infortunios estrechamos con la efusión del cariño su mano temblorosa, y sabíamos sus hondos pesares, exclamamos al recibir la nueva fatal: *¡Descansó!*

FRANCISCO SOSA.

TRISTEZA DEL CREPÚSCULO.

¡Qué hermosa soledad! ¡Qué dulce calma!
¡Ay! con tristeza y con placer sonrío
Pues siento no sé qué dentro del alma
Cuando reina el crepúsculo sombrío.

Ya en el Ocaso el sol apenas arde,
En las sombras la luz se desvanece,
Y la apacible estrella de la tarde
Melancólica y pálida aparece.

No sé por qué cuando declina el día
Rebosa el corazón de sentimiento
Y es todo amable á la tristeza mía,
La luz, las sombras, el rumor del viento.

En esa ténue claridad dudosa
La luz no se halla, que en la sombra existe,
Y esa vaga penumbra misteriosa
Imagen es de mi existencia triste.

Cual espirante el sol hunde su frente
Entre las nieblas de la noche umbría,
Moribunda también, también doliente,
Se va ocultando la esperanza mía.

Las nubes pasan en callado vuelo
Del aura dócil al impulso blando;
Y así fugaces en mi oscuro cielo
Dicha, amores y glorias van pasando.

Del sol que espira á la postrera lumbre
Su frente eleva la ciudad risueña,
Y allá del monte en la escarpada cumbre
Se levanta una cruz sobre una peña.

Besan el pie de palma cimbradora
Las mansas aguas en su curso vago,
Y suspira la brisa voladora
Entre las ondas del dormido lago.

Sube lenta la sombra en las montañas,
Se vuelven al hogar los segadores,
Brilla el fuego distante en las cabañas
Y se oye la canción de los pastores.

De la campana el fúnebre sonido
Anuncia triste el espirar del día,
Y oculta el ave en su flotante nido
Llena el viento de plácida armonía.

Yo hallo siempre en el bosque silencioso
Cuando amorosa y triste canta el ave,
No sé qué de sublime y misterioso
Que el alma sólo comprenderlo sabe.

Al corazón encantan blandamente
Esa luz del crepúsculo indecisa,
Esas rocas antiguas, esa fuente,
Y esos sauces que gimen con la brisa.

¡Qué hermoso es ver, al declinar el día,
Del elevado monte la espesura,
El lago inmóvil, la arboleda umbría,
El soto ameno y la feraz llanura!

Misteriosa la noche y placentera,
Del sol apaga la postrer mirada,
Y en dulce magestad cruza la esfera
De apacibles estrellas coronada.

Fugaz se mezcla al murmurar del río
El tierno lamentar de la paloma,
Y allá distante, tras del bosque umbrío,
Hermosa en el azul la luna asoma.

Cual en tiempos lejanos y dichosos
Va avanzando magnífica y serena,
Y de amantes recuerdos cariñosos
Su blanca luz el pensamiento llena.

¡Qué hermosa soledad! ¡Qué dulce calma!
¡Cuál suspiran las aves sus amores!
¡Cuánto aquí en su tristeza goza el alma!
¡Cuán hermoso es soñar entre estas flores!

Siempre aquí, reclinado dulcemente,
La noche me halla suspirando á solas,
Que es grato meditar junto á la fuente
Al rumor de las brisas y las olas.

¡Quién viviera en las vastas soledades
Sin duelo, sin afán, sin amargura,
Distante del rumor de las ciudades
Sintiendo el aura de los campos pura!

Me llenan de piedad los poderosos,
Que en sus palacios siempre aprisionados,
Se consumen inquietos y orgullosos
Por el oro y la púrpura abrumados.

Yo envidio la quietud de los pastores,
Y en mis gratos ensueños sólo ansío
Un huerto lleno de olorosas flores
Y una choza olvidada junto al río.

La augusta soledad las penas calma,
Aquí el grave silencio amor inspira,
Y es sublime tristeza para el alma
La que en estas riberas se respira.

Al rumor de estos anchos platanares
No hay duda, no hay afán, ni hay desconsuelo;
Viendo el campo se apagan los pesares,
Se disipa la duda al ver el cielo.

Unido á Elena, aquí con dulces lazos,
Quisiera oír su voz, besar su frente,
Cuando ya de la noche entre los brazos
Pálido duerme el sol en Occidente.

Aquí al son de las aguas gemidoras
Pasar quisiera la existencia mía,
Bellas mirando resbalar las horas,
En sueños de fugaz melancolía.

Libre volar dejara el pensamiento
Buscando nueva luz, brisas más puras,
Como libre en los bosques vuela el viento,
Como el águila vuela en las alturas.

Y cuando al fin el fuego misterioso
Que aquí en mi corazón se agita y arde,
Lentamente se extinga silencioso,
Como el rayo postrero de la tarde;

Cuando al fin con su mágico beleño
La muerte apague el pensamiento mío,
Dormir quisiera aquí mi último sueño
A la luz del crepúsculo sombrío.

EL INSTANTE FELIZ.

SONETO.

Recordar ese instante es mi alegría:
Era una noche del Abril florido
Cuando por vez primera conmovido
Fijé en Elisa la mirada mía.

Melancólica y tierna sonreía
Al oir de las brisas el gemido,
Y como blanca nieve su vestido
De la luna á la luz resplandecía.

Al mirarla tan pura y tan hermosa
Yo adoré su hermosura y su inocencia
Y ella me vió turbada y ruborosa.

Desde entonces anhelo su presencia,
Y su dulce mirada cariñosa
Es el único sol de mi existencia.

León, 1865.

LO QUE ES AMAR.

Mirar la playa desde el mar incierto
Y en la arena del árido desierto
La clara fuente hallar;
Ver una estrella tras de nube oscura
Y encontrar en la tierra la ventura,
Esto es ¡oh niña! amar.

Al blando arrullo de ilusiones bellas,
Como se une la luz de dos estrellas
Dos almas adunar;
Tener dos existencias y un aliento
Y pensar con un mismo pensamiento,
Esto es ¡oh niña! amar.

Ver que reina doquier la primavera;
Sentir y comprender por vez primera
La dicha de llorar;
Sentir una inquietud y una alegría
Que es á un tiempo delicia y agonía,
Esto es ¡oh niña! amar.

Despertar en la noche suspirando
Y amantes sonreír y estar llorando
Y en el llanto gozar,
Y sentir que acaricia nuestro oído
De misteriosa música el sonido,
Esto es ¡oh niña! amar.

Ver más brillante el sol, más claro el día
Y en el silencio de la selva umbría
Ardiente delirar;
Hallar la dicha en nuestro hermoso anhelo
Y en nuestra alma escondido ver un cielo,
Esto es ¡oh niña! amar.

FELICIDAD.

SONETO.

Elisa calma mi dolor sombrío
Y transforma mi ser y lo engrandece;
Bello por ella el mundo me parece
Y por ella el poder, la gloria ansío.

Su amor, su dulce amor, es el rocío
Que fecundiza el alma y la embellece;
Hermosa como el sol que resplandece
De luz inunda el pensamiento mío.

Doquiera en gracia y en beldad descuella;
Es imposible verla sin amarla
Porque es cual la virtud, cándida y bella.

¡Oh! ¡cuánto el corazón goza al mirarla!
¡Cuán dulce es siempre suspirar por ella!
¡Y cuán dichoso soy en adorarla!

León, 1865.

A ELISA.

SONETO.

(Imitado de Petrarca.)

Bendito ¡oh niña! el venturoso instante
De aquella hermosa noche placentera
En que escuché tu voz por vez primera
Y ví la dulce luz de tu semblante!

¡Bendita el aura que en su vuelo errante
Mis suspiros te lleva lisongera!
¡Bendita la ilusión, niña hechicera,
Que en ti cifró mi corazón amante!

¡Bendito el valle que te ofrece flores,
Y el fresco césped de tu planta alfombra,
Y la luz que te ciñe de fulgores!

¡Bendito el árbol que te da su sombra,
Y el rauda! que te arrulla en sus rumores,
Y mi trémulo labio que te nombra!

LA FLOR PERDIDA.

Quince años no tenía
La dulce amada mía,
Cuando al cruzar un prado
De flores esmaltado,
Cortó una blanca rosa
Tan pura como hermosa;
Entre su boca bella
La puso dulcemente
Y fué á la clara fuente,
Para mirarse en ella.
En la corriente undosa
Vió que se retrataba
Aquella blanca rosa,
Y cándida y sencilla,
Creyó mi pastorcilla
Que allí otra rosa estaba.
Lanzó un suspiro al verla,
Y ansiosa por cojerla
Tendió la blanca mano;
Pero ¡ay! tendióla en vano.

En tanto de su boca
La rosa idolatrada,
Cayendo en una roca
Se resbaló á la fuente
Y al soplo del ambiente,
Marchita y deshojada,
Fué al punto arrebatada
Por la veloz corriente.
¡Cuántas hermosas niñas
Que cruzan las campiñas,
Siguiendo la hermosura
De imagen engañosa,
Pierden la blanca rosa
De la inocencia pura!

León, Diciembre de 1868.

MI AMOR A ELISA.

SONETO.

(Imitación de Petrarca.)

Cuando entre altiva gracia seductora
Miro al divino amor en su semblante;
Cuando escucho su voz tierna y vibrante
Y crece el dulce afán que me enamora,

Bendigo el sitio y la fulgente aurora
En que mi corazón latió anhelante;
Y mi trémula voz murmura amante:
"Dichoso el que cual yo tierno la adora."

De este inefable y ardoroso anhelo
Dimana la ilusión que en lontananza
En dicha ofrece convertir mi duelo:

En él cifrada está mi bienandanza,
Y en alas de la fe me lleva al cielo
Por la senda feliz de la esperanza.

SONETO.

Lejos del fausto y la ambición ardiente
Vive en la humilde choza junto al rio
La virgen á quien ama el pecho mío:
Tan pura y tan feliz como inocente.

Son su espejo las ondas de la fuente;
Sus diamantes las gotas de rocío;
Y las flores que oculta el bosque umbrío
La brillante diadema de su frente.

Y es mayor el encanto que espresivo
Da á su angélico rostro dulce agrado
Que de regia hermosura el atractivo.

Pues el lirio *más* bello y *más* preciado,
No crece nunca en el palacio altivo;
Nace entre el césped del modesto prado.

EL VELO DE ELISA.

SONETO.

De mi Elisa la faz resplandeciente
Cubre, burlando mi amoroso anhelo,
Gasa importuna de color de duelo
Bajando en ondas de su hermosa frente.

Mas brillar su belleza dulcemente
Yo contemplo al través del negro velo,
Como el hermoso sol se ve en el cielo
Al través de una nube transparente.

Así también aunque fingiendo enojos,
Airada oculta de la vista mía
La dulce risa de sus lábios rojos;

Aunque mi ardiente amor esquiva impía
De ese velo al través miro en sus ojos
Brillar hermosa la esperanza mía.

SONETO.

Cansado al fin de suspirar un día,
Para hallar un alivio en tanta pena,
Huyendo del amor que me encadena
Dejé la choza en que morar solía.

Llegué á la margen de la fuente fría,
Mas la palabra "amor" miré en la arena,
Y en la apacible soledad amena
Amor, amor, el ave repetía.

Para dejar después patria y hogares,
Hacia los mares fuí triste gimiendo,
Y allí escuché un rumor en los palmares;

Volví los ojos el rumor sintiendo
Y vi al tirano amor, junto á los mares,
Que pérfido hasta allí me fué siguiendo.

A AMANDA.

Mis doradas ilusiones
Y mis ensueños queridos;
De mi mente las visiones,
De mi pecho los latidos,
Mi entusiasmo, mis canciones;

El bien que mi fantasía
Me hace ver en lontananza,
Mi existencia, mi alegría,
Mi porvenir, mi esperanza,
Todo es tuyo, Amanda mía.

Por ti á la virtud admiro;
Tu amor me engrandece á mí,
A la gloria por ti aspiro,
Y cuando amante suspiro
Sólo suspiro por ti.

Cifro en tu amor mi contento,
Y te adoro con pasión;
Tú eres mi vida, mi aliento,
La luz de mi pensamiento
La fe de mi corazón.

Tú has hecho en mi alma brotar
Un cariño singular,
Puro, inmenso, indefinible,
Que es á mi labio imposible,
Imposible de explicar.

Es un dulcísimo anhelo
Que amante las penas calma,
Que aleja el amargo duelo
Y hace nacer en el alma
Un pensamiento del cielo.

Con la luz de tus amores
Tú has tornado ante mis ojos
La oscuridad en fulgores,
Y mi camino de abrojos
En una senda de flores.

Desde el día en que te ví,
Dicha en que nunca creí,
Esa dicha estoy sintiendo
Y hay un ángel junto á mí
Que me mira sonriendo.

Es un ángel seductor,
Que aunque la dicha me asombre,
Con acento arrullador
Repitiéndome tu nombre
Me habla siempre de tu amor.

Radiante y bello, en el día
Cruzar lo miro risueño
Por mi ardiente fantasía,
Y al llegar la noche umbría
Toma la forma de un sueño.

Yo te adoro cariñoso
Como ama al Abril hermoso
El hondo valle sombrío;
Como el ave al sol radioso,
Como la flor al rocío.

Brillan del sol los fulgores
Tras de importuno nublado,
Y alegres los ruiseñores
Cantan sus himnos de amores,
Cruzando el florido prado.

Brilla en la existencia mía
Bello sol de bienandanza,
Y el alma que antes sufría
Suspira con alegría,
Himnos de amor y esperanza.

La estación de la belleza
Derrama en Abril su brisa;
Y la pasada tristeza,
Convierte al fin en sonrisa
La feraz naturaleza.

Primavera misteriosa
Del alma en la soledad,
Fué tu amor ¡oh niña hermosa!
Y en tu risa cariñosa,
Hallé la felicidad.

Las auroras dulcemente
Sus ténues lluvias envían,
Y se refresca el ambiente
Y vuelven á alzar la frente
Las rosas que se morían.

Para el alma que te adora
Fué tu risa seductora
Grato presagio de amores,
Como es á las blancas flores
El rocío de la aurora.

Del dolor y del olvido
Huye fúnebre el capuz;
Y en grato sueño adormido,
Todo es música á mi oído,
Todo es á mis ojos luz.

Al cielo mi pensamiento
Se eleva dominador,
Y en gratos delirios siento
Cruzar voces en el viento
Que dicen amor, amor.

Y venturoso sonrío
Si cariñosa me miras,
Porque es para el pecho mío
El casto amor que me inspiras,
Sol, primavera y rocío.

León, 1869.

ANÍBAL.

SONETO.

(Imitación.)

En la cima del Alpe la celada
Feroz alzó del Africa el guerrero,
Y descubriendo audaz el rostro fiero
Tendió sobre la Italia una mirada.

Llevó la mano al puño de su espada,
Y un punto acariciándola altanero,
La antigua llama del rencor primero
Sintió arder en el alma despiadada.

Pensó un instante en el terrible dia
En que aquella llanura floreciente
Con enemiga sangre regaría;

Y alzando al cielo la soberbia frente,
Sin ocultar el gozo que sentía,
Bajó de la montaña lentamente.

León, Diciembre, 1868.

SIEMPRE HERMOSA.

SONETO.

Con divina hermosura resplandece
El dulce rostro de mi dulce amada;
Y con la ardiente luz de su mirada
Cuanto existe en la tierra se embellece.

Si cariñosa y tímida aparece,
De amor suspira el alma embelesada,
Y es tan terrible, si se muestra airada,
Que amor al contemplarla se estremece.

Bella está cuando alegre y cariñosa
Juega la risa entre sus lábios rojos;
Y bella está también cuando es piadosa:

Bello es su amor y bellos sus enojos
Y es en todo mi amada tan hermosa
Que hasta el llanto embellece con sus ojos.

León, Diciembre, 1868.

ILUSIÓN REALIZADA.

SONETO.

No en vano te buscaba; al fin te veo,
Luz de mi corazón, gloria que ansío,
Angel que calma mi dolor sombrío,
Adorada ilusión de mi deseo.

No eres el sueño, no, de un devaneo
Pues mirándote estoy, dulce amor mío;
Y apacible me miras y sonrío
Y en mi felicidad apenas creo.

Ven á mis brazos y mi amargo lloro
En dicha torne tu mirada pura.
¡Oh cuán hermosa estás, cuánto te adoro!

Ven á gozar ¡oh niña! la ventura,
Que el alma para ti guarda un tesoro,
Un tesoro de amor y de ternura.

LA GLORIA DEL PROGRESO.

ODA

Leída por su autor en la solemne inauguración del Ferrocarril de Celaya á León.

¡Bendito el porvenir! ¡bendito sea!
El con su luz colora
El bello mundo que forjó la idea,
Como fulgor de aurora
Que el azul de los cielos hermosea.

¡Bendito el porvenir! Ya sus albores
Comienzan á brillar en lontananza,
Y anuncia á nuestra patria la esperanza,
Del progreso á los claros resplandores,
Primavera feliz, llena de flores.

Ya nunca más impía
Los campos talará sangrienta guerra,

Porque la paz divina se adelanta;
Y en vez del estandarte,
Que horror y luto derramó en la tierra,
Del trabajo y el bien la diosa santa,
La enseña sacrosanta,
Del progreso sublime la bandera
Que á los dolientes pueblos regenera,
Con fe sublime y con placer levanta.

Mucho tiempo ¡oh dolor! en rencorosas,
Estériles discordias, nuestras manos
Empuñaron convulsas el acero,
Y entre furores vanos,
En pos corriendo de fatal quimera,
Desolación dejamos por doquiera
Y sangrientos cadáveres de hermanos.
Yermos los campos, el trabajo huía. . . .
Cual tempestad horrísona rugía
La guerra sanguinosa,
Y el llanto de la madre y de la esposa
Resuena en nuestras almas todavía.

Pero al fin ha pasado, y cariñosa
La dulce paz nos brinda su tesoro;
La patria enjuga su copioso llanto;
Huyó el aciago duelo,
Y brilla al fin espléndido en el cielo
De la divina paz el iris santo.

Se ve de nuevo el valle florecido;
Vuelve al hogar la calma,
Y la sonrisa al labio entristecido,
Y la esperanza al alma.
Donde antes desolado,
Un mundo por el bien abandonado,
Miraba triste el corazón opreso,
Donde la airada tempestad rugía,
Resplandece la luz de un nuevo día
Al través del ambiente del progreso.

Por los desiertos campos
En donde antes moraba la amargura,
Van raudos á cruzar en un momento,
Del potente vapor con el aliento,
El progreso, la paz y la ventura.
Veránse al fin unidos
Los pueblos todos en perpetuos lazos;
Verán un porvenir de bienandanza,
Y en dulce unión estrecharán sus brazos
El trabajo, la paz y la esperanza.

En la bella ilusión de mi deseo,
Parece que los veo
Tornando sus pesares en grandezas
Y en gloria y dicha su afanar doliente,
Derramando doquiera sus riquezas
Sobre las alas del vapor rugiente.

El valle floreciente,

En donde antes la sangre se veía,
Va á ofrecer sus espigas abundosas:
La industria agonizante
Que en la orfandad gemía,
Cual mísero mendigo,
Del trabajo y el bien bajo el abrigo,
Va á ceñir á los pueblos la diadema
Que es del trabajo emblema . . .
¡Hermoso porvenir, yo te bendigo!

Parece que contemplo,
Del sol á los reflejos,
La máquina brillante
Que entre el humo se pierde allá á lo lejos.
Sobre la férrea vía
Va sin cesar corriendo;
Cruza la selva umbría,
Y en continuo volar, entre el estruendo
Con que el vapor, su esclavo, triste gime,
En su ansiedad sublime,
Para que al mundo asombre
Su rápida presteza,
Publica su grandeza
Y la grandeza y el poder del hombre.

Cual si seguir quisiera
Del tiempo la carrera,
Se desliza veloz y fugitiva;
Mira lejanos los enhiestos montes;
Va corriendo á su paso el bosque umbrío,
Como las olas de agitado río,
Y atraviesa horizontes y horizontes.

Y cruza en un momento
Campos, valles, llanuras, explanadas,
Cual pasan agitadas por el viento
Las nubes apiñadas,
Como pasa veloz el pensamiento.

Y apenas se detiene,
Se aleja el duelo impío;
La industria lo alimenta;
El trabajo á su paso se presenta
Y brota el pintoresco caserío.
Cuando en la noche oscura
Los campos atraviesa,
Mónstruo parece sin cesar huyendo
Que rápido se agita;
Es su respiración constante estruendo,
Y ruge airado y al rugir palpita,
Y arroja fuego ardiente,
Y cruza raudo el atrevido puente.

Pero al brillar la aurora,
El mónstruo se convierte
En un raudal de bien y de ventura
Que el sublime progreso vivifica,
Y por doquier derrama
Riquezas y ventura
Y en bienes sin cesar se multiplica.

El áureo Guanajuato,

El que tesoros mil tiene en su seno,
Y de grandeza lleno,
Entre riqueza tanta,
Sin poderlo evitar languidecía
En su estrecho recinto de montañas,
Inspirado de un noble pensamiento,
Una ilusión siguiendo bendecida,
Quiere dar á otros pueblos luz y vida,
Y recibir también vida y aliento.

Pasaremos nosotros
Como las hojas que arrebata el viento:
Pero él ha de vivir, y con su vida
Mi corazón alienta,
Porque yo desde niño lo he querido,
Como el ave en el bosque ama su nido
En medio del furor de la tormenta.
Pensando en su grandeza y en su gloria
Olvido mi dolor y mis tristezas,
Y gozo en sus grandezas,
Y me siento orgulloso con su historia.
Con noble gratitud y con ternura
Bendigo amante la dichosa idea
Que le conduce al bien y á la ventura:
¡Guanajuato feliz, bendito sea!

INVOCACIÓN.

(Traducido libremente de Lamartine.)

¡Oh tú que apareciste
Del mundo en el desierto,
Angel del cielo hermoso
En esta triste playa peregrino!
¡Oh tú que haces brillar ante mi vista
El rayo del amor esplendoroso;
Permite que te vea,
Dime de dónde vienes;
Quiero saber tu nombre, tu destino,
Si aquí en la tierra tu morada tienes
O eres un soplo del amor divino?
¿Vas á volverte al cielo?
¿O acaso en este suelo,
De amarga proscripción cárcel penosa,
Triste lugar de lágrimas y duelo,
Vas á seguir tu senda dolorosa?
Angel, cualquiera que tu nombre sea,
Tu patria y tu misión; hija dichosa
De la celeste esfera
O errante pasajera
Nacida entre el dolor del mundo impío,
Permite amante que en mi vida entera
Yo te ofrezca mi amor y el culto mío.

Si debes como yo morir un día,
Sé mi apoyo en la tierra, sé mi guía,
Y déjame piadosa que en mi anhelo
Siga tu imagen bella,
Y el polvo bese de tu leve huella;
Mas si distante de la vista mía
Desplegando tus alas presurosa
Hermana de los ángeles te elevas
Y al cielo vas á ver á tus hermanos,
Después de amarme un día
En este oscuro suelo
De mí te acuerda en tu divino cielo.

HERÁCLITO Y DEMÓCRITO.

DIÁLOGO.

—Sabes lo que es la vida? —Un sueño triste.
—Y qué es la juventud? —Flor de un momento.
—Y la dulce esperanza? —Un pensamiento.
—Y el amor, el amor? —Amor no existe.
—Quién resiste al poder? —Nadie resiste.
—Qué es la virtud, ¿lo sabes? —Un tormento.
—¿Qué es el honor entonces? —Vago acento.
—Y el ódio? —El traje que amistad se viste.
—En dónde se halla el mal? —En donde quiera.
—Qué es entonces el bien? —Luz indecisa.
—Y la felicidad? —Una quimera.
—Y el placer, el placer? —Rápida brisa.
—De angustia y de dolor llorar quisiera.
—Yo quisiera llorar, pero de risa.

León, Febrero, 1867.

A LA SEÑORITA O... P...

¡Cuánto gozo al contemplar
La magia de tus hechizos,
Niña de los blondos rizos
Y dulcísimo mirar!

Mi angustia olvido por tí,
Niña inocente y sencilla,
La de pálida mejilla,
La de labios de rubí.

Tierno, inefable cariño
Siento al mirar tu hermosura,
Que es tu alma graciosa y pura
Como la risa de un niño.

Suspirando dulcemente,
Hoy la juventud, apenas
Sus primeras azucenas
Ciñe á tu cándida frente.